

\*

    Mi primer artículo sobre pedagogía, hace 28 años, fué contra los exámenes y calificaciones escolares habituales. Pensaba yo entonces que los *exámenes* iban a desaparecer pronto y que las calificaciones iban a prodi-garse menos, a fin de poder ser más serias. Pues bien, los exámenes no han desaparecido, pero han degenerado: lo cual es consolador: tienen todas las inconveniencias de los antiguos, más otras que no llegué a sospechar. Y las calificaciones, por otra parte, se han multiplicado horrorosamente. Si hace medio siglo un maestro juicioso se quedaba perplejo al decidir *en conjunto*, y al cabo de muchos meses de observa-ción, sobre el grado de aprovechamien-to de un alumno, hoy... el maestro jui-cioso debe salir huyendo de la escuela o del colegio, tan pedantesco es el cuadro de calificaciones que ha de llenar mensualmente, al gusto de la *Secretaría de Educación*. No debo es-cribir la palabra que me viene a la boca, cuando un nietecito de siete años me enseña *su nota*, en que aparecen calificados al mes su saber en diversos